

Bismarck era demasiado listo para hacer caso omiso de estos síntomas, y demasiado resuelto para alarmarse de ellos. Este estado de ánimo, que le invitaba á no atropellar nada, no encadenaba sus ambiciones. Como consiguiese excitar el patriotismo germánico, como pudiese darse por provocado, arrastraría, de grado ó por fuerza, en su seguimiento á los Estados del Sur, descontentos, angustiados, pero sumisos. Pero los bávaros y los wurtembergueses, cautelosos como suelen ser los débiles, habían de calcular por una y otra parte las probabilidades de triunfo, las de Francia y las de Prusia, y poner el derecho del lado en que á su juicio estuviere la fuerza.

La gran preocupación consistía, pues, en ser el más fuerte. Si se era el más fuerte, ¿qué importaba Europa? ¿Qué importaban las protestas del *particularismo*? Las supremas solicitudes se concentraban sobre el ejército.

El trabajo era antiguo. El servicio militar, obligatorio al menos en principio, había asegurado el número. Las luchas de 1813 y 1814 habían creado una leyenda llena de heroísmo, de cólera y de patriótica pasión. Desde principios del reinado de Guillermo, una amplia reforma había aumentado los cuadros, restablecido en todo su vigor el servicio personal y desarrollado los recursos del ejército activo, haciéndolo independiente de la *Landwehr*. Tres años después, Dinamarca había proporcionado con la mayor oportunidad un campo de experiencia. La campaña de 1866, al afirmar la confianza, había revelado las deficiencias: de ahí un aumento considerable de aplicación para perfeccionar un instrumento ya tan temible. Todo ejército vive de honor y de saber, pues el honor engendra la bravura y el saber hace que la misma bravura sea eficaz. El ejército prusiano tenía un jefe místico que simbolizaba á sus ojos el honor, y un jefe positivo que personificaba la ciencia.

El jefe místico, muy positivo también cuando convenía, era el rey. Había aprendido la política muy tarde, pero la profesión de las armas la había aprendido desde la infancia. Hablando de su juventud decía: «Me ejercitaba en mandar una división de infantería, sin ocuparme de los negocios del Estado (1).» Si eran súbditos suyos todos los prusianos, los que ceñían espada le pertenecían en propiedad, y en aquella servidumbre mezclada de grandeza había algo del antiguo compañerismo germánico. Guillermo conocía personalmente cada regimiento, y personalmente también á los coroneles que los mandaban. «Estoy muy orgulloso de mi cuerpo de oficiales, decía á Stoffel; se compone de lo más selecto de la nación, y me parece natural que se imponga á las demás clases (2).» Durante las maniobras, á veces partía de improviso, acompañado de uno ó dos oficiales, y sorprendía á los soldados en sus acantonamientos. Al principio de la primavera iba á Potsdam, á Spandau, á Magdeburgo, para hacerse cargo de la instrucción de los reclutas. En agosto de 1868, regresando de Ems, detúvose en Francfort, en Erfurt y en Weimar para pasar revistas. Al volver á Berlín observóse que estaba particularmente dispuesto y de buen humor. «Es que en veintidós días he inspeccionado

(1) Sybel, *Die Begründung des Deutschen Reiches*, tomo II, página 283.

(2) Coronel Stoffel, *Rapports militaires*, pág. 267.

ochenta y siete batallones.» dijo él. Así hablaba aquel monarca de setenta y un años. Sus deberes militares le parecían tener cierto carácter sagrado. Así como un pontífice religioso es el jefe visible de su iglesia, así él se consideraba jefe visible del ejército. Este encontraba en él su expresión suprema. Su constitución, á los ojos del viejo monarca, era intangible como un dogma. Guillermo se asociaba á sus gozes y tomaba parte en sus duelos; le gustaba asistir á las fiestas de los regimientos, á la imposición de condecoraciones, á las ceremonias conmemorativas de altos hechos ó de victorias, y ostentaba en ellas un rostro benévolo y tranquilo, como soberano bastante seguro del respeto y de la obediencia para atemperar su mando con la familiaridad. Todo estaba calculado para mantener en las almas, desde el general hasta el soldado, un patriotismo siempre alerta, susceptible y fácilmente provocador. Aplicábase, sobre todo, una atenta solicitud á confundir en una misma concepción la idea del deber militar y la idea del deber para con Dios. Durante los oficios divinos, el pastor evangélico invocaba desde luego sobre el rey y sobre el ejército la bendición del cielo. Al amanecer, cuando las tropas se ponían en marcha, los acentos de las músicas militares se elevaban, graves como una plegaria, en el aire sonoro de la mañana. En el lenguaje público ó privado se notaba un perpetuo llamamiento al Altísimo; y el Dios á quien se invocaba era un Dios conquistador y guerrero, apropiado á las ambiciones prusianas, y cuya imagen hubiese repudiado el Jesús del Evangelio. Pero esta imagen, aunque falseada por el cálculo ó alterada por la pasión, bastaba para exaltar las almas de los soldados y mantenerlas en el cumplimiento del deber.

El otro jefe, el que personificaba la ciencia, era Moltke. Le hemos visto en visperas de la batalla de Sadowa. La victoria no disminuyó su vigilancia ni hinchó su orgullo. Siguió siendo el mismo, taciturno y solitario, más ávido de ser que de parecer, asiduo al trabajo é imponiendo el trabajo en torno suyo, paciente y apasionado á la vez, pero de una pasión que sólo se manifestaba con intensos y cortos ardores. Desde 1866 dirigió exclusivamente hacia Francia una solicitud que hasta entonces había sido repartida entre Bohemia y los márgenes del Rin. Hacía ya mucho tiempo que se había hecho cargo de las fuerzas y de las debilidades de Francia. Las campañas de Crimea y de Italia le permitieron observar las deficiencias del mando, las lentitudes de la movilización, la incertidumbre de las informaciones y más que nada una tendencia casi universal á contentarse con *poco más ó menos*. ¿Que deseaban la guerra? Friamente, con una entera abstracción de los riesgos ó de las pérdidas, se concentraba en su arte; ejerciéndolo bien, lo ejercía con gusto, y juzgaba que los ejércitos son como las locomotoras, que necesitan moverse so pena de convertirse en hierro viejo. En visperas de un conflicto de que no le cabía duda, clasificaba en su memoria el tesoro de conocimientos almacenados en su larga vida, como hace un estudiante en visperas de un examen que ha de decidir de su fortuna. Y ¿qué era Moltke, sino un estudiante prodigioso que no ha pasado un día sin aprender algo y no ha olvidado nada? Para sostener las luchas futuras habría necesidad de muchos hombres, de muchos fusiles, de muchos caballos

y sobre todo de muchos cañones. Roon, el ministro de la Guerra, lo preparó todo, y no sólo para Prusia, sino para la confederación del Norte, proporcionando además el modelo que imitaron de buena ó mala gana los alemanes del Sur. Moltke era la inteligencia superior que animaba todas aquellas fuerzas. Tenía sus oficiales que exploraban nuestras fronteras, y para mayor seguridad, las exploraba él mismo. Tenía sus mapas constantemente llevados al día, que le descubrían, como en un libro abierto, el territorio enemigo. Tenía también sus espías, pues este hombre, tan conocedor de su juego, quería saber igualmente el juego de los demás. Su estado mayor estaba formado á su imagen: nada de borrar papel inútilmente, nada de esas preocupaciones de exterioridad que entorpecen la inteligencia dándole la ilusión del trabajo, sino un continuo cuidado, una extraordinaria mezcla de iniciativa y de disciplina, un perpetuo ensayo del gran drama de la guerra. Lo que otros esperan del acaso ó de la inspiración, Moltke lo buscaba en una preparación paciente, silenciosa y trágica, que calculaba las horas, medía las distancias, contaba y reunía á los hombres. Estimaba que «una sola falta en la concentración de los ejércitos es irreparable en el curso de una campaña.» En cambio juzgaba que «cuando las disposiciones han sido bien tomadas, conducen infaliblemente al fin propuesto.» Durante el invierno de 1868 á 1869 redactóse, en forma de memoria, el plan de la guerra eventual. Todo en él estaba previsto, la fuerza y la composición de los cuerpos, la elección de los caminos, la duración de las operaciones, los proyectos probables del enemigo; y todo revelaba la prudencia extrema que no deja nada al azar. Pero los verdaderos pensadores son audaces, y la ejecución es en ellos tan pronta como larga ha sido la reflexión. He aquí donde se descubre de pronto la audacia extrema. «El objetivo, decía Moltke, consistirá en ir en busca del principal ejército enemigo y atacarle en donde se le encuentre.»

Sin embargo, no conviene exagerar, en esas combinaciones, la parte de las luces superiores y de los dones divinos. Cuando se trata de averiguar donde residía la superioridad de Prusia en visperas del conflicto, se la descubre menos en las facultades excepcionales de los jefes que en una apropiación, á la vez ingeniosa y terrible, de todas las ciencias de la guerra. En las luchas industriales sucede á veces que hombres desconocidos ó desdeñados suben de pronto al primer puesto. No siempre son los más inteligentes; pero han tenido la rara oportunidad de sorprender en un momento dado y de utilizar para sus necesidades los inventos que sus rivales ignoran ó no utilizan todavía: de aquí beneficios y éxitos que no hubieran sido posibles la víspera, que no lo serían tampoco al día siguiente, pero que, á su hora, parecen el fruto de una habilidad maravillosa ó de una maravillosa suerte. Tal fué, en el siglo décimonono, el destino de Prusia. Como un jefe de fábrica que renueva á tiempo su material industrial según los últimos perfeccionamientos de la ciencia, Prusia había transformado, en el momento más oportuno, sus elementos militares, es decir, sus armas, su material, sus reglamentos, sus programas, sus métodos. Contra estos elementos nuevos, bien apropiados á las guerras modernas, habían de estrellarse los elementos viejos, anti-

cuados é impotentes, aunque dirigidos por inteligencias no vulgares y manejados por manos valerosas. Aquel año de 1870 era precisamente el año en que Prusia poseía en su plenitud todo lo que Europa no poseía aún, todo lo que Francia, absorbida en la leyenda de sus glorias antiguas, sólo empezaba á sospechar. En esto residía para Moltke la gran ventaja, y aquella prodigiosa



Varnbühler

ciencia de adaptación, fruto de su perspicacia y de su paciencia, había de constituir la mejor parte de su genio.

## VI

En los achaques que afligen nuestra naturaleza humana, sucede á menudo que los días más tranquilos son los que preceden á las crisis. En la época que narramos vióse algo parecido. El año de 1868 había transcurrido lleno de alarmas. El de 1869 había marcado cierta vuelta á la calma. A principios de 1870 las amenazas de guerra parecieron un momento tan debilitadas que los menos optimistas osaron tranquilizarse.

Poco después de la formación del gabinete Ollivier, uno de los agregados de la embajada francesa escribía de San Petersburgo: «Hemos vuelto á los tiempos de Luis Felipe y nos hallamos atados de manos y de pies.» Esto, que pretendía ser un epigrama, era un elogio. El ministerio del 2 de enero, que había de concluir en una extrema temeridad, empezó con una extrema prudencia.

En los papeles de Daru se encuentra el programa que se trazó á sí mismo al subir al poder. La nota empieza con estas palabras: «Quiero la paz. Francia la desea. Se han operado en Europa grandes cambios de veinte años á esta parte. No los hemos hecho nosotros. Pero nuestra política consiste en mantener el *statu quo*. Para esto evitemos el agitar á Europa; *no suscitemos cuestiones* y, cuando se presenten, ahoguémoslas al nacer.» Examinando la condición de las diversas potencias, el nuevo ministro añadía: «Nuestra vieja política



es la buena inteligencia con Inglaterra. Pero si Inglaterra se hiciese prusiana, sería cuestión de saber hasta qué punto le convendría á Francia hacerse rusa... Muchas consideraciones para con el Austria, que es, en el fondo, nuestra aliada más segura... Cuidemos de que no se suscite la cuestión de Oriente... En Italia, tranquilicemos á los italianos acerca de nuestra ocupación. En España, la buena solución es el príncipe de Asturias; pero dejemos hacer á los españoles... Prudencia con todos. Que nadie satisfaga sus caprichos. En Europa cada cual tiene hartos que hacer en su país para suscitar debates en el extranjero.» Y esta especie de *memento* íntimo terminaba con las siguientes palabras: «En Prusia el Sr. de Bismarck parece querer la paz, lo cual le honra; *reserva por este lado* (1).»

Esta reserva fué llevada hasta la circunspección. La correspondencia del ministro ofrece algunas pruebas de esta escrupulosa prudencia. La cuestión del Sleswig no había sido nunca totalmente abandonada, y, por aquellos días, el general Fleury, embajador en San Petersburgo, trataba de hacer intervenir al zar. Daru juzgó que el beneficio que se podía obtener no valía los peligros de una nueva complicación. «En el fondo, escribía éste en 6 de enero al general, el arreglo de esta cuestión importa mucho más al gabinete de Berlín que á nosotros. No tenemos ningún gran interés en ayudar á Prusia á salir de los apuros que se ha creado dirigiendo la ejecución del artículo 5.º del tratado de Praga. Aunque nuestras sugerencias tuviesen que surtir efecto, el mérito del éxito sería más para Rusia que para nosotros.» Y la conclusión era que se archivase para siempre la cuestión del Sleswig (2). Hasta en las ocasiones más mínimas se mostraba la vigilancia del gobierno francés en quitar todo pretexto á las recriminaciones prusianas. El rey Jorge continuaba teniendo su corte en Hietzing, y el príncipe real de Hanover vivía en Viena en la intimidad de los archiduques. El duque de Gramont, nuestro embajador, se disponía á dar una gran fiesta, y con tal motivo interrogó al ministro sobre la oportunidad de invitar á los príncipes desterrados y á los personajes de su séquito. La contestación, formulada en el muelle de Orsay, refleja vivamente las disposiciones del gabinete de las Tullerías. Daru juzgaba poco decente la exclusión de los príncipes destronados, pero exhortaba al duque á que limitase las invitaciones, restringiéndolas á las recepciones solemnes que comprendiesen toda la alta sociedad vienesa. Luego añadía como hombre conocedor de Prusia: «En Berlín no se considerará ese punto como indiferente. He tenido ocasión de notar cuán susceptibles son allí por todo lo concerniente á la familia de Hanover (3).» Así se expresaba Daru, conciliador hasta los límites extremos en que hubiera empezado la debilidad. Sus colegas compartían su prudencia. Emilio Ollivier hasta se prestó á una entrevista con uno de los corresponsales de la *Gaceta de Colonia*. «No hay cuestión alemana, repitió aquél varias veces.» Y la frase repitióse allende el Rhin como una señal de las disposiciones francesas.

Esta conducta no podía menos de desorientar al Sr. de Bismarck, que hasta entonces se había valido de

- (1) *Papeles inéditos* del conde Daru.  
 (2) *Correspondencia inédita* del conde Daru.  
 (3) *Correspondencia inédita* del conde Daru.

Francia para salir de sus apuros interiores. A cada síntoma de indisciplina agitaba el fantasma napoleónico. Este era su espectro rojo; y, ante la amenaza del peligro extranjero, todos los disonamientos se borraban. ¿Qué iba á resultar si nuestra diplomacia, sistemáticamente silenciosa, no proporcionaba ya el menor pretexto de querrela? El cambio llegaba mal á propósito, pues aquel año de 1870 empezaba para el primer ministro prusiano con la perspectiva de algunas decepciones. Tropezaba con serias dificultades financieras. En Baviera y en Wurtemberg manteníase vivaz el espíritu de autonomía. El aumento de los gastos de guerra provocaba una reacción muy general. El presupuesto militar estaba asegurado hasta 1871; pero era dudoso que se pudiese obtener la renovación íntegra. En tales circunstancias, no muy graves sin duda, pero algo menos propicias, ¡cuán oportuna no hubiera sido la evocación de los peligros exteriores! La prudencia del gobierno imperial amenazaba quitar á Bismarck su argumento más persuasivo, y dejando Francia de ser un peligro, Prusia dejaría de aparecer en Alemania como el instrumento de salvación.

Como las ideas de prudencia prevalecían cada vez más entre los consejeros del emperador, los ministros del 2 de enero quisieron dar á Europa una garantía no equívoca de su moderación: de ahí el designio de una proposición de desarme hecha á Berlín.

¿Presentaba el proyecto grandes probabilidades de éxito? Lo difícil sería convencer á Prusia. A los ojos de Bismarck el ejército era el instrumento universal, y á los ojos del rey era la institución sagrada. Muchas veces los discursos públicos de los hombres de Estado y las conversaciones íntimas de los diplomáticos habían ponderado la oportunidad de reducir las fuerzas militares. En 1863, el emperador Napoleón había invitado solemnemente á las potencias á cesar en la peligrosa emulación de los armamentos y á unirse en la paz. En 1867, después del feliz resultado de la conferencia de Londres, habíase agitado de nuevo la misma idea, sin que, desde entonces, hubiese sido abandonada. Tales sugerencias no habían despertado más que incredulidad é ironía en Berlín. A los ojos del rey el desarme era una vana fórmula, buena á lo sumo para hacer subir la Bolsa: Bismarck, por su parte, sólo cuidaba de no perder nada de sus fuerzas. Durante el otoño de 1868, habiéndose abierto en San Petersburgo una conferencia sobre el empleo de los proyectiles explosivos, la correspondencia del primer ministro prusiano no había expresado más que un temor, el de que revelasen los recursos de Prusia, quitándole de este modo algunas de sus ventajas (4), y añadía, para tranquilizar su conciencia, que el interés mismo de la paz impedía toda concesión.

Sin embargo, la causa del desarme contaba en Inglaterra defensores considerables. El más autorizado y activo era lord Clarendon, que había vuelto á encargarse de la dirección del *Foreign office*. Su nombre recordaba los más gloriosos recuerdos del Congreso de París, y se hubiera enorgullecido de coronar su carrera introduciendo en el derecho público europeo las máximas que en 1856 habían sido teóricamente proclamadas. Era

- (4) *Bismarck-Jahrbuch*, tomo III, pág. 277.

amigo del emperador, amigo de Francia y más amigo aún de la paz. Atento á su designio, había instado más de una vez al embajador de la reina en Berlín, lord Loftus, para que entablase este asunto que tanto le interesaba. Entonces se había podido presentar la obstinación de las resistencias prusianas. Durante mucho tiempo Loftus había vacilado antes de provocar una conferencia que le constaba había de ser desagradable é inoportuna. Por fin un día, en Babelsberg, durante el verano de 1869, aprovechando una circunstancia en que el rey se mostraba más afable que de costumbre, atrevióse á explicar las miras de su gobierno. El monarca prusiano dijo que «no había nubes en el horizonte político,» y Loftus aprovechó la ocasión para replicar: «¿No sería hora de aligerar las cargas que pesan sobre los presupuestos, comprometen la paz y paralizan la agricultura y la industria?» A estas palabras el rostro del rey, de ordinario tan placentero y cordial, se puso sombrío. «Esas consideraciones son ciertas, replicó el monarca con embarazo; pero ¿cuál puede ser la solución práctica?» Loftus propuso diversos expedientes: las potencias podrían entenderse para reducir en la misma proporción sus contingentes, ó bien se contraerían compromisos internacionales con el objeto de fijar, para los presupuestos militares, un máximo del cual no se pudiese pasar. El soberano escuchaba distraidamente. «Todas esas combinaciones, hizo observar, son incompatibles con nuestro sistema militar.» El diplomático inglés objetó que había en Prusia muchas exenciones parciales y que bastaría aumentar su número. El príncipe no se entretuvo en refutar la objeción, pero, visiblemente contrariado, repitió varias veces: «No veo medio práctico.» Cambió bruscamente la conversación, y Loftus sólo pudo comunicar á Londres el fracaso de sus sugerencias (1).

Todos estos síntomas eran de mediocre augurio para las negociaciones. El mismo Napoleón sólo se prestaba á medias á las ideas de sus ministros. Hacía observar que el efectivo presente sobre las armas era menos considerable que durante los tres años de la República. Partiendo de ahí, mostrábase dispuesto á seguir á las demás potencias, pero no á adelantarse á ellas (2). A pesar de estas objeciones, el gabinete francés juzgó oportuno continuar las negociaciones. Si el rey Guillermo y su ministro acogían el proyecto, el provecho sería grande para la humanidad, grande para la paz del mundo. Si lo declinaban ó eludían, todo el beneficio sería para el gobierno imperial que habría atestiguado sus miras pacíficas.

La condición recíproca de Francia y Prusia hacía difícil una negociación directa. Se convino que las proposiciones del gabinete de las Tullerías pasarían por Londres, donde se les cambiaría la marca. Lord Clarendon se encargaría de transmitir á Berlín las ideas que eran las de Francia y las suyas propias. La palabra *proposiciones* ¿no era excesiva? El único objeto inmediato consistía en sondar el terreno, y se darían por muy satisfechos si no eran rechazados con demasiada dureza. En un despacho de 1.º de febrero al Sr. de la Valette, embajador en Londres, nuestro ministro de Negocios ex-

- (1) Lord Loftus, *Diplomatic reminiscences*, segunda serie, tomo I, pág. 251.  
 (2) *Papeles* del conde Daru.

tranjeros solicitó los buenos oficios de Inglaterra. Lo esencial, decía en substancia Daru, es que el Sr. de Bismarck no decline *a priori* nuestras indicaciones: si se presta á las negociaciones, la partida estará medio ganada, pues el canciller será arrastrado por la opinión de Alemania y hasta por el interés de Prusia.

Las esperanzas eran cada vez más modestas, y sin embargo, los hechos probaron que eran todavía demasiado ambiciosas. A las primeras palabras de lord Loftus, Bismarck lo detuvo: no se atrevía á comunicar la petición al rey, ¡de tal modo conocía las intenciones de su soberano! Sin dejar de hacer justicia á la bondad del proyecto, el canciller desarrolló las razones que, á su vez, le hacían inaceptable. Francia, Austria y Rusia tenían, en pie de paz, efectivos superiores á los de la Alemania del Norte: Francia y Austria, además, habían renovado recientemente su sistema militar; no era, pues, la Prusia la que debía tomar la iniciativa de las reducciones. «La Alemania, añadió el primer ministro, se halla, á diferencia de los otros Estados, rodeada por todas partes de poderosos vecinos y privada de fronteras naturales; en esta condición peligrosa, está en el deber de no disminuir *el capital de seguridad* que debe á sus ejércitos.»

Por desconsoladora que fuese la contestación, Daru dirigió una nueva súplica al gobierno británico en un despacho de 13 de febrero. Los ministros del 2 de enero deseaban dar el ejemplo y, á pesar de las objeciones, á pesar de las resistencias del emperador (3), anunciaban que el contingente de 1870 á llamar sobre las armas sufriría una disminución de 10.000 hombres. Lord Clarendon trató de reanudar las negociaciones, pero sin obtener mejor resultado. Si hemos de dar crédito á los despachos de origen francés, Bismarck invocó, para mantener el *statu quo*, las ambiciones napoleónicas y los manejos de Austria en la Alemania del Sur (4). Según los documentos de origen alemán, la negativa se fundó en la diferencia de los sistemas militares que no permitían ejecutar en condiciones iguales ni comprobar de una manera eficaz el desarme (5).

El fracaso era completo. ¿No estaba previsto? La última palabra del incidente se encuentra en un informe que en 28 de febrero de 1870 envió de Berlín el coronel Stoffel. Nuestro agregado militar establecía que el desarme no sería posible en Alemania, á menos que el rey consintiese en cambiar *por completo* las instituciones nacionales. Recordando varias máximas que había desarrollado en sus anteriores despachos, calificaba á Prusia en estos términos: «No es un país que tiene un ejército, es un ejército que tiene un país.» Habiendo acabado de disipar así las frágiles esperanzas de su gobierno, el oficial francés trazaba estas líneas notables: «Sólo en un caso tendría razón de ser una proposición de desarme hecha á Prusia, en el caso de que el gobierno que la presentara deseara una ruptura... Semillante cuestión sería un excelente pretexto de contienda... A todas las objeciones, á todas las proposiciones, el gobierno prusiano opondría un *non possumus* militar

- (3) Carta del emperador al conde Daru, 2 de febrero de 1870 (*Papeles* del conde Daru).

- (4) Despacho circular del duque de Gramont, 4 de agosto de 1870.

- (5) Despacho del Sr. de Thile, 12 de agosto de 1870.